

HACE poco más de un mes que fuimos a despedirlo; oprimidos observamos el rostro amigo que había de desaparecer de nuestro ambiente. A su lado Elvira, su gran compañera y digna esposa recordaba con nosotros lejanos episodios de nuestra bien cimentada amistad.

Y hoy, cuando el tiempo suavizó la estridencia de su inesperada partida, tomo la pluma para hacerlo vivir entre nosotros bajo el influjo evocativo.

Muchas veces nos enfrascábamos en agradables conversaciones, la sala del hospital, los Congresos médicos aquí o en el extranjero, a veces alguna recepción de carácter social. Así fui intimando con muchas facetas de ese espíritu sutil y brillante a la vez.

Eramos amigos sin provocar reuniones protocolares, bastábanos divisarnos entre la multitud, para que uno y otro buscáramos una charla amena y de la que salíamos siempre con íntimo regocijo.

¿Quién que haya sido su amigo, no recuerda el cabrilleo intencionado de sus ojos, y las comisuras de los labios temblando imperceptiblemente conteniendo la risa, con lo cual se anunciaba uno de sus bienazonados comentarios?

Así estaba en lo superficial y en lo trascendente. Sabía abarcar el panorama y descender a lo profundo en busca de la rica veta de la verdad. Recuerdo como le interesó cierta vez una cita de Marco Aurelio a la que yo me referí en la ocasión. Giraba ésta alrededor de la idea de que los hombres que viven una misma época se deben una amistad solidaria, ya que son como viajeros que comparten al mismo tiempo una travesía. El instante que les tocó vivir, los acontecimientos sociales en que les tocó actuar, nunca se volverán a repetir. Nuestro mundo y los astros no estarán otra vez en los mismos puntos en el espacio en que se hallaban cuando ellos posaron sus plantas sobre la tierra.

La grandeza cósmica de este pensamiento del gran Romano lo conmovió profundamente.

Sus ojos se entrecerraron bajo las pobladas cejas como para captar mejor con su visión interior la fugacidad de la vida y la torpeza humana que al olvidarla, evita que los hombres sean los amables compañeros de un brevísimo viaje, y del espectáculo grandioso de los astros desplazándose incesantemente en el espacio infinito.

Era un visionario, vivía en un mundo más bello que el resto de los mortales. El cielo, el mar, las aves, las mismas flores, le revelaban su íntimo secreto y le transmitían el mensaje de la armonía universal que emparenta a todo cuanto existe.

El afán de compartir su tesoro con los demás le hacía verter belleza en el molde de oro de la palabra. Fraterno anhelo de brindar a los hombres el goce de ese maravilloso espectáculo, como haría todo ser con aquellos privados de la vista.

La vida hacia en él, una eclosión de sensibilidad e intelecto tan brillante, que parecía imposible pudiera detener la Muerte.

Se destacaba por su originalidad incontaminada, su silueta psicológica lo hacía inconfundible, una sutil ironía ponía un perfil brillante a sus conceptos modelados con una perfección de artista.

Quebró la monotonía del ambiente con su fino humorismo. Caricaturizaba con tanto punzante acierto nuestras costumbres, que se reía sanamente de las gentes y éstas lo acompañaban a coro, viéndose graciosamente ridiculizadas, como al observarse en los espejos de un parque de diversiones.

Su alma se templó bajo un sincero anhelo de perfectibilidad.

Voló siempre muy alto, no rastreó nunca el suelo con las alas; su pluma no se mojó en el acibar de la intriga, ni se puso al servicio de ningún interés oculto.

Fue fiel a sus nobles ideales.

No necesitó de nadie más que de su talento para llegar a la cita que el Destino le daba con la inmortalidad.

Su prestigio legítimo, es puro como el cristal de roca: era un exponente de la labor que el hombre puede realizar con su propia substancia, afilando cualidades con la misma paciencia inagotable con que los antiguos guerreros afilaban sus armas para el combate.

Cincelaba la palabra con la misma exquisita justeza que pone el artista en una obra de orfebrería, porque también en el intelecto hay artesanía.

LA PERSONALIDAD MEDICA DEL Dr. ISIDRO MAS DE AYALA

Fue un hombre, creció, sufrió, luchó y triunfó como tal, esa es su gloria.

Sabía decir la verdad sin herir, haciendo aflorar a los labios una sonrisa.

Como dijo Horacio, ¿quién prohíbe decir viendo la verdad?

Extraño viajero que asomó a todas las almas, auscultaba al hombre y a la naturaleza con igual fervor de saber y comprender su íntimo secreto.



Amaba la belleza y su sensorio exquisito vibraba al descubrirla en los violetas atardeceres, en el trinar de los pájaros en el murmullo de las corrientes, en el verde palpitar de los bosques uruguayos.

Entonces, la emoción lo caldeaba en su fuego y forjaba aquellas imágenes perfectas que nos extasiaban con su delicada armonía.

Su envoltura física ha desaparecido pero su alma se refugió en la palabra, y ésta al decir de Marquina, es la que salva del olvido a los muertos, y del silencio a las almas...

Como escritor espiritualizaba la materia hasta transfigurarla en belleza, como psiquiatra anhelaba materializar los desórdenes de la mente para someterlos al severo escrutinio de la ciencia.

Poco antes de su ineluctable partida, me contaba divertido una anécdota acaecida en la Academia de Ciencias de París, hace ya muchos años. Cuando al proponerse el ingreso de un médico a la misma, hubo oposición con el argumento de que la medicina no podía ser considerada una ciencia. El proponente replicó: precisamente por eso, quiero que atrayendo a los médicos a nuestros métodos haremos que la Medicina llegue a ser ciencia.

Mucho ha cambiado desde entonces, y hoy la medicina progresa al amparo de la más rigurosa metodología científica.

Pero todavía hay una fascinante rama de la medicina que no ha podido en algu-

nos de sus aspectos, ser sometida a los rígidos cánones de la investigación.

Esta es la psiquiatría que explora en esa misteriosa región donde el espíritu mora, en la cual mucho se vislumbra y mucho se adivina.

Esto fue siempre para nuestro amigo el núcleo de su preocupación. La psiquiatría debía llegar a ser ciencia; quería materializar la huella del pensamiento, ver en el

cerebro enfermo la causa de su desarmonía. Como el afinador que sabe que no se puede realizar la magia de la música en un instrumento desajustado.

Por eso quizás era tan amigo de nosotros los neurólogos, le encantaba nuestros métodos de abordaje a los desórdenes nerviosos. Uds. decía, pueden palpar el agente patológico, tenerlo en sus manos, ver y estudiar la causa generadora de la enfermedad.

Por eso le fascinaba el escrutar con nosotros las neumoencefalografías, esas imágenes que hacen casi transparente al cerebro; también gustaba de estudiar los finos trazos que sobre la placa radiográfica nos revela la arteriografía. Lo mismo asistía a las descripciones de los trazados electroencefalográficos donde cada punta y onda es un palpitar del cerebro sano o enfermo.

Y así se acercaba y se apoyaba en lo orgánico para comprender mejor al ente pensante que se sometía a su fino espíritu inquisitivo.

A lo largo de los años, durante la rutina hospitalaria en breves y substanciosas charlas, Más de Ayala volcaba conceptos acerca de su especialidad, que definían su posición ante la misma.

No pertenecía a la escuela de los psicoanalistas y en algunos aspectos discrepaba con ellos, sin embargo era un admirador de Freud y su obra, de su genio y la extraordinaria cultura que poseía. Afirmaba que el psicoanalista no puede realizar su co-

metido con eficacia si no es poseedor de una amplia cultura médica y general.

No era un dogmático, su espíritu ecuanime lo conducía a la información y al estudio de los nuevos conocimientos y disciplinas, siempre que tuvieran base científica y fueran conducidos con seriedad para el mejor diagnóstico y tratamiento de los enfermos psiquiátricos.

Ultimamente estuvo muy interesado en las modernas concepciones acerca de una Formación del cerebro, a la que se considera asiento de funciones de primordial importancia para la normal actividad nerviosa y de la cual pueden depender muchas de las perturbaciones de la misma.

En las profundidades del cerebro se encuentra esa Formación llamada Reticular. Esta, que por su extensión, podría ser tapada con nuestro dedo meñique, es la encargada de nuestros estados de sueño y de vigilia; la atención y la indiferencia; la euforia y la depresión y posiblemente de otras elaboraciones psíquicas más delicadas y sutiles.

Los investigadores de este sector del sistema nervioso se encuentran ante un mecanismo de insospechadas repercusiones, en el esclarecimiento de funciones nerviosas superiores.

Más de Ayala fue de los primeros en percatarse en nuestro ambiente de las posibilidades de estas modernas conquistas, que en el campo de la ciencia experimental se ofrecen para el progreso de la psiquiatría.

La medicina psicosomática fue una de sus predilecciones. Como su nombre lo indica esta rama de las ciencias médicas estudia la influencia de los estados psicológicos sobre la parte orgánica de nuestro ser.

Las emociones modelan la fina arcilla de la estatua viva, y a veces conspiran contra su propia integridad y armonía.

Recorriendo la intrincada madeja nerviosa, el estado emocional, deprime o exalta la función orgánica; si es un estado placentero se trasunta en una beatífica placidez que imprime rara belleza al rostro y a las actitudes corporales; si es angustiosa distorsiona el rostro, ulcera el estómago, eleva la presión, genera diabetes, etc. Y es así como lo espiritual cuida o destruye nuestro organismo bajo su imperio.

No se le escapaba a nuestro perspicaz amigo, la otra fase del problema.

Las enfermedades mentales que son consecuencia de un trastorno orgánico. Y de este modo su clara inteligencia oteaba todos los horizontes de la medicina para mejor servir a la psiquiatría y a los enfermos que dentro de esta especialidad, ofrecen una variada gama de problemas clínicos.

Al igual del médico y escritor Francois Rabelais, nuestro amigo sabía poner el condimento de la sátira en sus escritos. Nada más difícil de administrar, ya que si no se tiene una gran calidad intelectual se corre el riesgo que la especia en exceso estropee el buen gusto de los mismos.

Decía que la risa es un lujo del intelecto. Aquel cuyas ocupaciones no agotan las reservas mentales, puede gastar el excedente en el juego pirotécnico que conduce a una sana alegría.

Así hacia psicoterapia poniendo en nuestros días una nota de traviesa alegría.

Crear una atmósfera de placidez, afectar la calidad de un día, transportándolo hacia un plano de belleza o alegría es al decir de Thoreau el arte más elevado.

Cada vida es una profesión de fe. A lo largo de la existencia el hombre dibuja con más precisión sus principios que si escribiera un tratado de filosofía.

Y el Dr. Isidro Más de Ayala, forjó a lo largo de su vida exclusivamente por su voluntad y su talento su propio destino.

Lo hirió la fatalidad en pleno apogeo de su fama. El psiquiatra prestigioso, el escritor fecundo, el periodista original, y el hombre de bien, compartían su gloria en perfecta armonía.

Se asiste con un estremecimiento involuntario a la defección de uno de los nuestros de las filas. Al modo de los combatientes con orden de marchar siempre adelante sin detenerse, volvemos apesadumbrados el rostro. Algo íntimamente nuestro se queda allí en el pasado y montando guardia queda fiel nuestro recuerdo.

Prof. Dr. Victor SORIANO

Especial para EL DIA